

Al margen de una conversación

Zelten.—Los países son como los frutos,
los gusanos están siempre en su inte-
rior. (De "Siegrid," obra de Giraudoux).

Conversaba ayer con un salvadoreño de los que no están encantados con la pavimentación de su capital y con un peruano desterrado, sobre la situación de sus países respectivos comparada con la de Costa Rica, y me hacían ver la gran diferencia, que a pesar de todo, existe en favor de ésta. Y al examinar el hecho, tenía el triste consuelo del personaje de aquella fábula, que se resignó con su pobre condición, al ver como otro infeliz recogía para alimentarse la estopa de las hierbas que él iba tirando.

Si, sí, es verdad que Costa Rica no tiene desterrados políticos, ni cárceles repletas de prisioneros por el hecho de no parecerles bien las injusticias y los robos que se cometen, ni magníficas carreteras ni calles asfaltadas.

Sin embargo,—¡ay! de nosotros los que no vemos sólo ventajas en el materialismo de la civilización moderna—estamos ya en camino de ver rayado nuestro suelo por carreteras que el tiempo se encargará de decir si están bien hechas, y por calles pavimentadas, que por el ojo honrado que observa y prevee, aparecen en el país indoamericano en donde la justicia se ha tornado en cortesana y la autonomía en esclava.

Y nosotros tan inconformes, que andamos desde hace años indignados e imprecantes, porque sabíamos de funcionarios que hacen pingües negocios a la sombra del cargo que ejercen y sin dejar huella que la justicia declare aprovechable; o porque hay costarricenses que en este momento se están afilando el cinismo y haciendo acopio de paradojas para defender los intereses de la United Fruit Co. contra los de su patria (por supuesto que ellos serían los primeros en cantar con los ojos en blanco el Himno Nacional o en escribir

artículos si los panameños, por ejemplo, no trataran con el debido respeto la bandera de Costa Rica).

Yo decía al peruano:—si, ceguera fuera negar que estamos como en la gloria, comparados con los hijos de ese Perú que con tanto donaire repartiera medallas por toda la América cuando lo del Centenario de Ayacucho, medallas que los agraciados—gente honorable toda ella—recibió con la vanidad en genuflexión, el pecho esplayado de gusto y la conciencia encerrada dentro del cómodo silencio; ceguera fuera negar que estamos como en la gloria, si comparamos nuestra vida con la de Venezuela (a pesar del juicio de unos prestigiados costarricenses que estuvieron por allí hace poco y que vinieron encantados con unos militares de Juan Vicente Gómez sumamente corteses y con la carretera que conduce a Maracay — sobre cuya lisura debe andar tanto barro adolorido.

¡Bien hayan nuestras calles que parecen lechos secos de ríos y nuestras carreteras llenas de baches por las que todavía podemos ver la Libertad pasear sus pies descalzos! (¡Cuán indignados se van a poner los importadores de autos si leen esto!)

¿Qué será de nuestra Costa Rica cuando todas las calles de sus ciudades estén asfaltadas y cuando por sus carreteras puedan rodar serenos los automóviles de marca yankee? ¿Habrá para entonces pies honrados que huelen lisura tanta? ¿Y si los hubiere, la transitarán en paz o irán por ella medrosos y fugitivos?

¿Bajo qué gobierno estará en 1950?

¿Qué manos honradas o venales tendrán los dioses preparadas para que cojan el timón cuando lo deje el actual presidente?

Hay tantos costarricenses dispuestos en este momento a seguir cambiando—como dijo Mr. John Keith—nuestro oro por baratijas, igual a los indios de la conquista! ¿Pues qué otra cosa significa el prestarse a la venta de las tierras y de las riquezas de la patria, poniéndose por ejemplo al servicio de los fabricantes de empréstitos o de las compañías sedientas de ganancia en cualquiera forma, para recibir en cambio unos miles de dólares. Y con unos miles de dólares podrán los beneficiados comprarse magníficas fincas con jardines, en los que se pueden encontrar más de doscientas clases de rosas y poseer un Packard o una Limousine con que épatar las amistades y dar té con toda clase de queques y sandwiches y ser dueños de una radiola y de una ortofónica y tener casa con hall y comedor con arco y esposa e hijas con medias de seda lo menos de cuarenta colones el par y muñecas de trajo italianas y francesas en las respectivas camas y las hijas internas en el Colegio de Sión y ellos socios del Club Rotario o del Club Unión. ¿Qué otra cosa significa también el que en casas muy honorables, de las que tienen *Viva Cristo Rey* en la puerta, a cuya cabeza está una dama católica presidenta o vice de yo no sé cuántas asociaciones caritativas de esas que organizan bailes para aliviar la miseria de los miserables, haya almacén de drogas heroicas para embrutecer al pueblo, comercio que dejará a su introductor ganancias para que toda la familia pueda gozar de lo supérfluo que acabo de apuntar?

¿Qué verán los ojos de los costarricenses que están por nacer y qué los de los niños que en este momento corren por sus campos con la sonrisa regada sobre el rostro fresco de inocencia, como una onda cristalina sobre un prado florecido? ¿Cuáles de esas pequeñas manos se tenderán para recibir el oro de la venta y cuáles para defender a Costa Rica?

CARMEN LYRA

Junio de 1929.